

Marcos Winograd, en las fronteras de la disciplina

Mariana Santángelo¹

Resumen

El presente artículo analiza algunas de las ideas clave del pensamiento y la trayectoria profesional del arquitecto Marcos Winograd. Considerando que su obra ha tenido una productividad que lo ha sobrevivido y ha condensado de modo original la constelación de ideas sobre la arquitectura y la vida urbana que a partir de finales de los 50 y ya con fuerza en la década del 60 abrirían un debate de profundos alcances para los años venideros, se detalla aquí el surgimiento paulatino de una nueva conceptualización del objeto arquitectónico (la arquitectura-ciudad), como así también una paralela transformación del lugar de los sujetos involucrados, tanto en su realización (profesionales) como en su uso concreto (usuarios).

Palabras clave

Arquitectura – ciudad – espacio vivido – práctica profesional – uso

1. Introducción

La obra de Marcos Winograd (1928-1983) ha sido singular en el quehacer arquitectónico argentino, sobre todo en el medio platense, donde dejó su huella en aquella particular forma de acercarse a la disciplina que se llamó "arquitectura-ciudad" y que con variaciones llega hasta el día de hoy². Sin embargo, las reflexiones de Wi-

1 Egresada de la carrera de Filosofía (FFyL-UBA), becaria doctoral de CONICET, doctoranda en Historia (FFyL-UBA). Lugar de investigación: Instituto de investigación sobre la Historia, Teoría y Praxis de la Arquitectura y la Ciudad (HiTePAC-UNLP). Dirección electrónica: santangelo.mariana@gmail.com

2 Es el caso del Movimiento de Ocupantes e Inquilinos, cuya génesis en la década del 80 se vincula en parte con la recuperación de parte de ciertos actores universitarios comprometidos de lo que había sido la experiencia de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de La Plata, en la que había tenido una relevante actuación Marcos Winograd. Allí, junto a otros arquitectos, impulsa "en los años 60, una formación integral tanto en la especificidad de los contenidos arquitectónicos como en el perfil profesional comprometido con la transformación política".

nograd, dispersas en varios artículos en revistas y compilaciones locales y en un libro póstumo de 1983, no solo importan por esta productividad que lo ha sobrevivido sino por condensar de modo original la constelación de ideas sobre la arquitectura y la vida urbana que a partir de finales de los 50 y ya con fuerza en la década del 60 abrirían un debate de profundos alcances para los años venideros. Años en los que la apariencia maciza del llamado "movimiento moderno", que había dado cuerpo a los sueños de forma del "progreso social" de buena parte de la primera mitad del siglo, se resquebrajaría sin retorno. El pensamiento y la obra de Winograd se nutren, a veces a sabiendas y otras más implícitamente, de todo ese repertorio disponible en la agenda internacional y que en nuestro país encuentra en él a uno de sus tantos traductores.

Sin embargo, no es del todo atinado apelar a la metáfora de la traducción para describir su tarea, toda vez que la relación entre el centro y la periferia y los problemas de dependencia de la región en la que le tocó vivir y trabajar le resultaban en sí mismos parte del problema a resolver y no datos de los cuales partir. Asimismo, los primeros años en los que desarrolló su obra significaron para la Argentina un momento de profunda movilización política que afectó a todo el campo intelectual y que no dejó indemne a la arquitectura y a sus actores. Así, por ejemplo, es posible seguir –aunque no sea el objetivo de este artículo– el modo en que dicha efervescencia repercutió no solo en las formas de enseñanza de las facultades de arquitectura y en las numerosas propuestas de reforma que en aquellos años se debatieron y hasta se implementaron, sino en un debate mayor sobre el rol social del arquitecto y de la disciplina respecto de las necesidades de los sectores populares³. Winograd no sería

Rodríguez, M.C. y Jeifetz, N., "La autogestión cooperativa como herramienta de transformación social y política. Reflexiones desde la práctica del MOI", Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas.

3 Resulta notable la permanente presencia de los temas arquitectónicos y sobre la ciudad en una revista "de literatura" como *Los libros*, aparecida entre los años 1969 y 1976, y que marca una interesante renovación "comprometida" de la crítica cultural. Dicha presencia marcaría, por un lado, la ampliación de las disciplinas que entran en contacto con la literatura, autorizada en parte por la actualización teórica –marxismo, psicoanálisis, estructuralismo, semiología, etc.– que puede comprobarse en aquella época y de la cual la revista es fiel reflejo; pero, por otro lado,

un mero oyente de dichas discusiones sino uno de sus más activos partícipes, incorporando dentro de su propia práctica (y también en sus inscripciones institucionales) la necesidad de repensar la "autonomía" de la arquitectura y el perfil de los profesionales, hasta dotarlos, como veremos más adelante, de "responsabilidades" que hasta allí se habían pensado como ajenas a la disciplina⁴.

Por otro lado, sumado al contexto local, es preciso tener presentes algunos eventos internacionales, como el VII Congreso de la UIA en La Habana en 1963, cuyo lema fue La arquitectura en los países en vías de desarrollo, o el que tiene lugar seis años después en Buenos Aires, bajo el título La arquitectura como factor social, que generaron un "debate disciplinar

muestra el modo en que los arquitectos que intelectuales ingresan en el debate político más general. Esto se confirma en que, a medida que pasan los números, la aparición de los temas urbanos y arquitectónicos deja de estar mediada por la reseña de libros que los tratan para pasar a discutirse en ocasión de acontecimientos o problemas concretos de la ciudad o de los profesionales. Por ejemplo, en los números 23 y 24, de los años 1971 y 1972, pueden encontrarse referencias a la experiencia de los "talleres totales" de la FAU de la Universidad Nacional de La Plata, en el Nº 36 (1974), una reflexión sobre las "urbanizaciones dependientes" de Buenos Aires y Rosario, y una extensa encuesta sobre el tema "Políticas de planificación y vivienda"; en el mismo número pueden leerse párrafos como éste, sintomáticos de lo lejos que estaba el debate disciplinar de la mera "discusión estético-formal": "La transformación revolucionaria no puede ser pensada al margen de la lucha armada; al respecto la ciudad es su escenario material. Es en tal sentido que queda planteada la necesidad de investigar la relación específica de la forma urbana con los planes de control policial y militar de las clases dominantes y la potencialidad del uso militar de la misma por la clase obrera y el pueblo".

4 "Si la década del 50 había politizado los contenidos de la enseñanza (...), los años 60 y los primeros 70 llevaron al extremo la articulación arquitectura-política, al punto que, en 1973, cuando la izquierda se creía al borde de una revolución inminente a escala continental, hablar de cuestiones específicas de arquitectura parecía fuera de tiempo y lugar.

(...) El reformismo, ligado íntimamente a esta universidad, volvió a ser cuestionado, pero ahora no desde los sectores conservadores, sino de la nueva izquierda política. La vaga vocación social del Modernismo posperonista dejó espacio así a la militancia activa, que en el cambio de década era de fusiles y no de plumas." Liernur, J.; Aliata, F., Diccionario de Arquitectura en la Argentina, entrada "Enseñanza de arquitectura", Buenos Aires, AGEA, 2004, pp. 39-40.

5 Molina y Vedia, J, "Crónica del VII Congreso de la UIA, La Habana 1963. Estudio de la ponencias. Resoluciones del Congreso", en Obrador, Nº 3, diciembre de 1964, citado en Carranza, M., "Arquitectura, sociedad y política revolucionaria en la universidad argentina (1969-1974). Hacia una ideología proyectual", artículo inédito.

a escala mundial con fuerte impronta en la esfera latinoamericana" y de profunda repercusión en los arquitectos más jóvenes⁵. Adscripto al marxismo clásico, la pertenencia de Winograd al Partido Comunista Argentino hasta el final de sus días no le impidió sin embargo difundir nuevas ideas e investigaciones que ayudaran a ensanchar la definición tradicional de arquitectura ni tampoco rechazar una relación demasiado apresurada del par forma arquitectónica-política. En una mesa redonda organizada por la Revista de Arquitectura en septiembre de 1981 afirmaba en este sentido lo siguiente:

"A mí no me cabe ninguna duda de que la arquitectura tiene signo político, ahora, si las ventanas cuadradas son de izquierda y las ventanas redondas son de derecha me parece una gigantesca banalidad; si una columna en el eje es decadente o si una intercolumna en el eje está bien porque así fue el Partenón, si la simetría es fascista (...), todo eso me parece una gigantesca estupidez. Creo que en definitiva lo político está efectivamente con la definición de los contenidos y en la toma de conciencia de los arquitectos respecto de cuál ha de ser su inserción en un momento y en un país determinado, y eso, sin duda, consciente o inconscientemente, implícita o explícitamente, es interpretación de la realidad, es propuesta de transformación de la realidad, ergo es política; (...) lo político está en la definición del uso, en la definición de quién, para quién, por qué y de qué manera" (Winograd, 1982b: 49).

El énfasis puesto en el uso y en el usuario concreto del objeto construido, como lugares en los que se juega una de las aristas de la politicidad de la arquitectura, resulta novedoso frente a aquellas posiciones que Winograd criticará toda su vida y que pensarían al arquitecto casi como un demiurgo que termina su "obra", tan cerca como pueda de su proyecto original, y que luego se retira antes de que el habitar y la vida cotidiana destruyan toda "pureza formal". Así, la redefinición que intentará del objeto arquitectura revelará todo el tiempo una paralela redefinición del sujeto arquitecto, y viceversa. El descrédito en el que

5 Molina y Vedia, J, "Crónica del VII Congreso de la UIA, La Habana 1963. Estudio de la ponencias. Resoluciones del Congreso", en Obrador, Nº 3, diciembre de 1964, citado en Carranza, M., "Arquitectura, sociedad y política revolucionaria en la universidad argentina (1969-1974). Hacia una ideología proyectual", artículo inédito.

cae la "forma terminada" como fin último del proyecto es proporcional al interés que dentro de su pensamiento va cobrando la necesidad de pensar la práctica arquitectónica y los hechos urbanos como verdaderos eventos sociales que no pueden restringirse a la mente "renacentista" del que proyecta y que deben ser pensados como "procesos" abiertos⁶. Para Winograd, el punto de llegada de una obra, cuanto más compleja y creciente es la escala cuantitativa de la acción y cuanto más diversas son las formas de intervención necesarias, se vuelve más indefinido, y entonces más trascendente "el camino, el proceso, la gestión, definida como el conjunto de acciones, controles, modificaciones que optimizan el pasaje de los objetivos a los resultados verificables"⁷. Demuestra con esto la importancia del destino y de la historia de las obras y de los edificios como una cuestión política en la que el mismo arquitecto debe estar presente, o como él mismo sostenía: "hacerse cargo de todo el camino, en virtud de la dinámica de los hechos urbanos, nunca incólumes".

Por otro lado, a pesar de establecer una genealogía personal que encontraba sus orígenes en el lenguaje moderno y referir permanentemente a Le Corbusier o a Amancio Williams –entre los locales– como sus maestros indiscutidos, nunca dejó de reconocer las limitaciones de la corriente moderna y sus olvidos respecto de la tradición argentina y regional en un sentido más amplio. Por ejemplo, aparece a menudo en sus artículos la mención a Fermín Beretebide y su conjunto Los Andes como uno de los grandes olvidados por la gran historia de la arquitectura en Argentina que, sin embargo, lejos del repertorio hegemónico, resultaba un legado ineludible a la hora de pensar la vivienda colectiva en Buenos Aires. A la vez, es cierto que sus conceptos y su apuesta profesional encuentran sustento en un variadísimo arco de representaciones sobre la ciudad y las construcciones arquitectónicas que se ve conmovido por las transformaciones materiales y simbólicas de la posguerra eu-

6 "Mientras que para los arquitectos, los ingenieros y otros, la noción de proyecto implica necesariamente la prefiguración de una forma terminada, razón por la cual los conceptos son prácticamente sinónimos; para muchas disciplinas de las ciencias sociales, e incluso de las ciencias naturales, existe el concepto de proyecto sin que éste signifique forma." Ladizesky, J.; Winograd, M. (1979), "Una tesis sobre la noción de hábitat", en Summa, agosto, N° 140, p. 70.

7 Ibid, p. 71.

ropea⁸ y que llegan a horadar los mismos axiomas modernos de los cuales Winograd era consciente deudor.

2. El movimiento moderno y sus críticos

La Carta de Atenas de 1933 –que marca la hegemonía de Le Corbusier dentro de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna y que decodifica la experiencia de la ciudad moderna intentando racionalizar y separar en funciones la actividad urbana (trabajar, habitar, descansar, circular)– es considerada por Winograd un momento fundacional de la disciplina, en tanto allí se reconsidera la unidad de la arquitectura para revincularla con la región y con la escala urbana más general⁹. Pero ya para mediados de 1960, los presupuestos y las expectativas que habían generado las "décadas heroicas" del movimiento moderno (que hacían de la Carta un vigoroso texto sagrado que les marcaba el camino a seguir) eran objeto recurrente de una fuerte revisión, la cual mostraba –incluso a veces sin escapar de aquellos mismos axiomas y mostrando a menudo cuán grandes habían sido sus esperanzas– los resultados

8 Debe recordarse que a mediados de los '60, Winograd tiene la oportunidad de estudiar en el Centro de Recherche d'Urbanisme y la École Pratique de Hautes Etudes de París, y luego ser asistente invitado al Assessorato all'Urbanistica di Bologna. También vale la pena destacar que en su etapa francesa se vincula tempranamente con los desarrollos de la geografía social de R. Rochefort, que también significarán una ampliación de su marco de reflexión sobre el concepto de hábitat y una profundización del análisis político y social del espacio (conversación con Margarita Charrière, noviembre de 2009.)

9 "Mi generación –afirma Winograd– se entronca con el pasaje del edificio a la ciudad. Un poco por la conclusión de la Segunda Guerra Mundial y todo lo que había significado en materia de destrucción y un poco continuando lo surgido con la prédica del movimiento moderno y la Carta de Atenas. Para muchos, para los mejores de nuestra generación, el problema de la ciudad empezó a aparecer como un tema protagónico del quehacer arquitectónico. Naturalmente, porque de algún modo esto reflejaba la aparición de la sociedad entera, la aparición de la sociedad de masas" (La arquitectura argentina de la última década, pág.38). A la vez, Winograd no deja de marcar la inflexión local de este fenómeno, señalando que para la misma época Argentina "sufría el impacto de la más gigantesca inmigración del campo a la ciudad que se conoce en la historia argentina. Me refiero a la del año 1951; 500 mil personas llegaron ese año del interior a la ciudad, y obligaron, por su presencia, por su necesidad y por las condiciones de contexto, a abrir la problemática de la ciudad total y concreta". (énfasis nuestro) Ibid., p.38

fallidos de su "programa social", tomando como ejemplo dilecto el sombrío modo de vida que podía verificarse en los grandes conjuntos habitacionales.

Las voces que se alzaron contra una comprensión unilateral de la "modernidad arquitectónica" provinieron tanto del interior de la disciplina como de circuitos exteriores a ella (los que, indudablemente, también terminarán modificando las perspectivas de la primera). A su vez, también existió una línea demarcatoria entre aquellos que pensaron que sólo hacía falta corregir el camino y los que construyeron una crítica total del movimiento que no dejaba en pie ni sus orígenes ni su proyecto¹⁰.

Cuando Marcos Winograd defiende la superposición de usos como "garantía de riqueza y vitalidad urbanas", o cuando afirma que "los principios de «zonificación» resultan insuficientes ante la complejidad de las relaciones individuales y sociales de la vida cotidiana, y más aún ante ámbitos en los cuales elementos materiales y culturales previos han conferido ya características particulares al espacio"¹¹, comulga con la crítica de la zonificación monofuncional de la ortodoxia urbanística que grupos como el llamado Team X (los ingleses Alison y Peter Smithson, los holandeses Jaap Bakema y Aldo Van Eyck, entre otros) sostienen ya desde mediados de los 50 y que transformará la agenda de los años siguientes¹². Estos jóvenes archi-

10 Aunque Winograd participe sin lugar a dudas del clima pesimista de los 60 respecto del "progreso" de las intervenciones urbanas o de los conjuntos modernos, parece colocarse más cerca de ciertas posiciones italianas, como la de Giulio Carlo Argan, que proponen una crítica alternativa sin tener que renunciar al proyecto moderno en su conjunto. De hecho, la revista *Obrador*, de la cual Winograd forma parte, publica en su primer número, un artículo del arquitecto italiano (Argan, G., "Arquitectura e ideología", en *Obrador*, N° 1, 1963).

11 Winograd, M. (1982), "Los ámbitos de la cotidianidad. El barrio: las actividades del tiempo libre", en AA.VV., *Medio ambiente y urbanización*, Clacso, Buenos Aires, p.53.

12 "Oponiéndose a la «aspiradora cívica» del Movimiento Moderno, se presentan modelos alternativos de ciudad apoyados en discursos mínimos que reconocen diversas raíces y que suponen otras tantas problemáticas, pero que se mezclan y yuxtaponen a lo largo de la década. Desde el modelo mítico de las ciudades marroquíes o indias, que acentuaba el laberinto en oposición a la claridad estructural de lo moderno, la permanencia de valores en lugar de la configuración ex novo, hasta los provocativos de Los Angeles y Las Vegas, que en el clima del pop y del «reportaje social» refieren a la movilidad absoluta, a lo transitorio y descartable, pero también a la reivindicación del gusto popular en contra de las élites

tectos de la nueva generación comenzaron a calificar como centrales elementos que habían sido "olvidados" o relegados por el dogma corbusierano vigente. Temas como la admisión de la diversidad de modos de vida, la cuestión de la identidad cultural, la flexibilidad de usos y la variedad en el habitar constituyen respuestas que surgen de la reconsideración de los resultados obtenidos por los edificios construidos en la segunda posguerra y que, según esta crítica, habían "viviseccionado" y llevado a la agonía la intensa vida social de las ciudades modernas¹³. En este marco, se intenta la recuperación, en los proyectos urbanos y arquitectónicos, de los niveles de asociación, como lugares de encuentro y de funciones. Si la vida urbana ahora era reconocida como el producto de la intersección de actividades de muy diversa índole (productivas, comerciales, cívicas, etc.) que llevaban a cabo sus habitantes a lo largo de una jornada, se entiende entonces el renovado interés por pensar un elemento que había sido relegado al de mero canal circulatorio de los flujos entre "zonas" y que ahora se redescubría como núcleo vital de la ciudad: la calle. Como veremos, todos estos motivos vinculados al hacer ciudad, es decir, a la consecución efectiva de una intensa socialidad urbana desde las imbricaciones y no desde la separación y aislamiento de los objetos arquitectónicos, serán una presencia permanente en las reflexiones de Winograd. Nuevamente, las resonancias del debate internacional son aquí inmensas. Pues la reivindicación de la calle como lugar de interacción fundamental de la urbe que tiene un capítulo disciplinar fundamental con los desarrollos del

ilustradas modernas, se refuta a la forma occidental como cárcel de la vida, al pensamiento ilustrado que olvida las estructuras básicas del habitar". Ballent, A.; Daguerre, M.; Silvestri, G. (1993), *Cultura y proyecto urbano*. La ciudad moderna, CEAL, Buenos Aires, p. 55

13 Ya en el CIAM IX, celebrado en Aix-en-Provence en 1953, el grupo dirigido por los Smithson y Aldo van Eyck, cuestionó las categorías funcionalistas de la Carta de Atenas, rechazando el modelo simplista del núcleo urbano para plantear una norma más compleja; allí afirmaban: "El hombre puede identificarse fácilmente con su propio hogar, pero tanto con la población en la que éste se encuentra situado. «Pertener» es una necesidad básica emocional y sus asociaciones son del orden más simple. De «pertener» -identidad- proviene el sentido enriquecedor de vecindad. La calle corta y angosta del barrio mísero triunfa allí donde una redistribución espaciosa fracasa" (subrayado nuestro). Frampton, K. (1987), *Historia crítica de la arquitectura moderna*, Gustavo Gili, Barcelona, p. 275.

Team X¹⁴, aparece también, aunque desde perspectivas bastante diversas, en dos autores muy difundidos en aquellos años y que ya para 1979 son citados por Marcos Winograd y Julio Ladizesky en el Congreso Argentino Interdisciplinario sobre "El hábitat y sus condicionantes"¹⁵. Nos referimos a Henri Lefebvre y a Jane Jacobs, los cuales aparecen explícitamente mencionados en esa ponencia como portadores de "una argumentación sólida sobre los resultados fallidos de los conjuntos habitacionales". Se confirma así que Winograd era un lector atento y original de esas tendencias contemporáneas, las que a veces sólo aparecen como ecos o referencias vagas en sus textos pero que en realidad son índices del rico debate interdisciplinario en el que participa.

Como ya afirmamos, las tesis de Jacobs –quien junto con Kevin Lynch¹⁶ forma una temprana avanzada norteamericana contra "el urbanismo de los urbanistas"– ensayan un novedoso elogio de la escala peatonal en pos de recuperar la que era considerada la vida real de las ciudades. Su más conocido libro, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, es citado por Winograd junto al de Mitscherlich, *La enfermedad de nuestras ciudades*, que ya desde sus títulos dejan adivinar la tesitura de sus diagnósticos. Como se recordará, en dicha obra Jacobs realizaba una dura crítica a los resultados del "juguete mecánico" en el que se habían convertido las ciudades proyectadas en el marco de la hegemonía de los preceptos de la "ciudad radiante" de Le Corbusier¹⁷, la que, según ella, se termi-

14 En Winograd, pero también en las publicaciones posteriores de los que habían sido sus compañeros en la cátedra de La Plata (cfr. Barbagallo, J. (2003), *Ciudad y arquitectura: apuntes para la cultura urbana y el quehacer disciplinario*, Nobuko, Buenos Aires), es citado frecuentemente Aldo Van Eyck, el cual, dentro de aquella nueva generación que revisa los principios de la urbanística vigente, intenta recuperar la "escala del peatón" frente a la cultura del automóvil, elemento central dentro de los planteos del "zoning" urbanístico.

15 La ponencia es luego publicada por la revista *Summa* (Una tesis sobre la noción de hábitat, N° 140, 1979, pp. 69-72).

16 Kevin Lynch publica en 1960 un texto clásico y de gran productividad en los estudios urbanos: *La imagen de la ciudad*, donde analiza aquellos aspectos visuales y perceptivos del usuario concreto de la ciudad que conforman el espacio público urbano y los diversos espacios cotidianos de cada habitante.

17 "El hombre que tuvo la más dramática idea respecto de la mejor manera en que esta programación urbanística anti-ciudades podía dar lugar a reales y

naba combinando con lo sostenido por los programadores de la "ciudad jardín", ya de larga presencia en terreno norteamericano con su ideología del suburbio "antiurbano"¹⁸. Contrario a los efectos descentralizadores y disgregadores de tales tendencias urbanísticas, Jacobs realiza un encomio pormenorizado de todos los elementos que "conforman" la diversidad de la ciudad y de sus calles, diversidad en la que, precisamente, ve una de las cualidades más positivas de la vida urbana, en la que destaca, entre otras, la provisión de una seguridad autorregulada entre sus habitantes, la posibilidad de comunicación y contacto y la presencia de lugares destacados para la socialización de los niños (nada de lo cual sucedería en urbanizaciones que tienden a la descentralización y la separación de las funciones). Luego del diagnóstico, el libro listaba las condiciones necesarias para lograr la ansiada diversidad urbana y nombraba algunos de los elementos que terminarían resonando con el debate arquitectónico más amplio que se profundizó en los años 60: combinación de usos primarios frente a la funcionalización, escala pequeña (calles cortas y no las magnitudes de los grandes complejos habitacionales),¹⁹ la necesidad de preservar los edificios antiguos, y la exigencia general de concentración (frente a la dispersión planteada por los proyectos "modernos"). Por otro lado, también en ella la perspectiva era sociológica, recuperando, dentro de una cierta mirada anti-intelectual y anti-técnica, la percepción del usuario sobre su vida en la ciudad.

verdaderas ciudadelas de iniquidad y perfidia fue el arquitecto europeo Le Corbusier." Jacobs, J. (1973), *Vida y muerte de las grandes ciudades*, Península, Madrid, p.25.

18 "Reordenadores, urbanistas de autopistas, legisladores, planificadores de la utilización del suelo y urbanistas de parques y lugares de recreo –ninguno de los cuales vive en un vacío ideológico– utilizan constantemente como puntos fijos de referencia las dos citadas y poderosas visiones urbanísticas [ciudad jardín y ciudad radiante] y la muy elaborada y alambicada visión producto del amancebamiento de ambas. Pueden trotar de una visión a otra, establecer compromisos, vulgarizarlas, lo que quieran; pero siempre son sus puntos de partida." Jacobs (1973), p. 28.

19 Han sido señalados con frecuencia los límites de la "diversidad" de Jacobs, quien pensaría un barrio, a diferencia de lo que parece sostener, bastante homogéneo en sus características sociales, culturales y raciales (es decir, "de clase media blanca"). Una de estas críticas puede encontrarse en el libro de Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI, México, 1988.

Para Winograd, la obra de Jacobs resultaba pertinente en tanto era otro de los documentos que mostraban la crisis general de la planificación modernista, que había pretendido un mejoramiento y un progreso "en las pautas de la vida social". En un momento en que crecía el interés por comprender los resultados de la interacción entre el individuo o el papel del entorno social espacial construido en sus vidas –en ese objetivo dice inscribirse la intervención de Winograd y Ladizesky sobre el ambiente–, quedaba demostrado que muchos de los edificios del planning moderno no provocaban "un mejoramiento en la conciencia, en la cultura de las comunidades, sino que, por el contrario, [eran] socialmente percibidos como formas regresivas de la vida social"²⁰. Estos mismos efectos fallidos Winograd los encontraba en el ámbito local.

Sobre los conjuntos residenciales proyectados y construidos en los 60, afirma:

"Partiendo de una teoría cerrada, construcción de una comunidad 'en sí', (...) se han construido verdaderos 'enclaves' urbanos alejados de las ciudades preexistentes, que no llegan a conformar ciudad, o impactan con altura y alta densidad preexistencias ambientales a otra escala"²¹. La cuestión de la escala que aquí aparece no resulta para Winograd una mera cuestión cuantitativa, pues, al igual que muchas de las influencias que cita, de lo que se trataba era de recuperar la unidad de la vida en la unidad del espacio, quebrada, como afirma él mismo, por la concepción de ciudad que "se deriva de la Carta de Atenas de 1933, con una separación de funciones y una zonificación que hace que la reunificación sólo sea posible a través de una reconstrucción meramente mental y no como vivencia del usuario". Entonces, el problema no es tanto definir una magnitud exacta sino plantearse las exigencias de un espacio urbano que ante todo debe ser considerado en su carácter de espacio vivido²². Así, para Winograd, al igual que

20 Ladizesky, J.; Winograd, M. (1979), "Una tesis sobre la noción de hábitat", en *Summa*, agosto, N° 140, p. 70.

21 Winograd, M. (1988), *Intercambios*, Espacio Editora, Buenos Aires, p. 100.

22 "Las abstracciones intelectuales, o los razonamientos puramente económicos o tecnológicos, no son desdeñables por cierto, pero no pueden suplantarse esta relación de afinidad que se da con el espacio vivido". *Ibid*, p. 101.

para los críticos del movimiento moderno, se trataba de encontrar una "relación más precisa entre forma física y necesidad sociopsicológica", al decir del historiador de la arquitectura Kenneth Frampton. Y aquí Winograd incluía una diferencia importante al entender que la atención debía estar puesta no sólo en la "necesidad" o "modo de vida" del cliente sino de todos los implicados, es decir, pensar un usuario social que no coincide exactamente con el comitente concreto sino que siempre lo excede. La importancia otorgada al análisis de la vida cotidiana como factor central de la proyectación arquitectónica o urbana fue sin dudas ampliada a partir de la lectura temprana y profunda que Winograd hizo de los aportes de Lefebvre a los problemas urbanos.

3. La conciencia espacial y el espacio vivido

Poco antes de su muerte, Winograd afirmaba: "Nosotros entendemos el pasaje del concepto de arquitectura a un concepto territorial como tentativa de recuperación de la unidad, de la «integralidad» de la vida cotidiana. Mientras que la arquitectura-objeto de algún modo es función de la cotidianeidad individual, la ciudad implica la asunción de la cotidianeidad social"²³. Es imposible no ver la influencia lefebvriana en esa intervención. Pues es la escala cotidiana de la calle, en toda su variedad empírica, la que más significativamente habría sido destruida por los urbanistas, y desatendida por aquellos arquitectos solo preocupados en erigir objetos aislados dentro de la grilla urbana o en la funcionalización extrema de la vida social. En continuidad con lo que antes planteamos, "la perspectiva de Lefebvre no está alejada del clima que privilegia la reflexión alrededor de lo cotidiano para escapar de los ribetes tecnocráticos y autoritarios que caracterizaban difusamente el planning de posguerra"²⁴.

Hay en Winograd el mismo interés general que aparece en el pensamiento del teórico francés, preocupado por pensar la ciudad desde la vida cotidiana de sus usuarios y entonces analizándola en unidades significativas, pero de un modo radicalmente distinto al postulado en la Carta de Ate-

23 Winograd (1988), p. 107.

24 Ballent (1993), p. 65.

nas, que reducía los elementos a células y funciones, separaba y dividía; aquí se trata, por el contrario, de presentar cada elemento como "una totalidad en sí". Por eso la calle, al decir de Lefebvre, "representa en nuestra sociedad a la vida cotidiana. Constituye su escenario casi completo, (...) es pues todo o casi todo: el microcosmos de la modernidad". Y sería esa riqueza, precisamente, lo que la planificación modernista ha contribuido a destruir.

En palabras del mismo Winograd: "La nueva dimensión de la vida cotidiana, la ciudad industrial, generó la pérdida de ciertos modos «peatonales y cotidianos» de la apropiación social del espacio urbano y, con ello, una quiebra de la identidad social urbana"²⁵.

De este modo, la problemática de la vida cotidiana en la ciudad es considerada en el análisis de Winograd a partir del concepto de conciencia espacial, con el cual asume la necesidad de afrontar las dificultades de trabajar con espacios abstractos que no estén vinculados de modo sustancial con las vivencias de sus habitantes.

Según él, la mayor conciencia espacial a la que se había llegado, es decir, el espacio de la cotidianeidad percibido como "propio", era la del barrio. "El barrio es el ámbito donde resulta unificada la conciencia espacial de los individuos que están habitando dentro del mismo", y también: "los límites del barrio son los que sienten o perciben las gentes que lo habitan. No lo digo como definición, sino como espíritu, como concepto.

Hay una conciencia social, hay una noción de pertenencia consciente a una entidad que se llama barrio". Para Winograd, el barrio era el estadio actual del desarrollo de la conciencia socio-espacial; con esto marcaba la existencia de una escala y una progresión de esa conciencia hacia ámbitos cada vez más alejados del habitar del individuo (la ciudad, la región, la nación...). Y no era menor lo que se jugaba en la definición de esas dimensiones, pues como él mismo afirmara: "las poblaciones se interesan, son conscientes, y en ciertos casos son transformadoras de lo que pasa en el campo de su utilización directa, y son mucho menos transformadoras con lo que no está en ese campo". De este modo, las distintas formas de la conciencia espacial se vinculan directamente no sólo con las escalas de acción, sino con las posibilidades de éxito de una acción sobre el territorio.

25 Winograd (1982a), p. 55.

Y es precisamente aquí donde la presencia de Lefebvre se vuelve visible, pues Winograd afirma que "ha publicado en torno a dos temas fundamentales: los mecanismos de apropiación del espacio y el espacio urbano y la conciencia social"²⁶.

Debe recordarse que ya en su obra *La revolución urbana*, Lefebvre mencionaba los debates y argumentos acerca de la importancia de la calle como núcleo primario de la sociabilidad urbana, y señalaba a la influencia corbusierana como uno de los principales responsables del olvido de las importantes funciones que cumple una rica vida peatonal.

Cuando se han suprimido las calles (desde Le Corbusier, en los "barrios nuevos") sus consecuencias no han tardado en manifestarse: desaparición de la vida, limitación de la "ciudad" al papel de dormitorio, aberrante funcionalización de la existencia. La calle cumple una serie de funciones que Le Corbusier desdeña: función informativa, función simbólica y función de esparcimiento. (...) Es un desorden vivo, que informa y sorprende. Por otra parte, este desorden construye un orden superior: los trabajos de Jane Jacobs han demostrado que la calle –de paso y preventiva– constituye en los Estados Unidos la única seguridad posible contra la violencia criminal –robo, violación, agresión (Lefebvre, 1976, p. 25).

Sin embargo, a pesar de coincidir con estos críticos –como la ya mencionada Jane Jacobs que él mismo vuelve a citar– en que la "calle y su espacio es el lugar donde un grupo (la propia ciudad) se manifiesta, se muestra, se apodera de los lugares y realiza un adecuado tiempo-espacio", Lefebvre no comparte la ingenuidad de la norteamericana e incorpora al debate la creciente mercantilización de esas mismas calles y la impersonalidad que resulta de un retículo organizado a menudo "por y para el consumo". No obstante esto, la más importante influencia que habrían dejado en Winograd estas lecturas es ese interés por el "espacio vivido", como contrapeso necesario del "espacio proyectado en el vacío". Por esto, al igual que el francés, Winograd se preguntaba dónde residía aún la vitalidad social de la ciudad; y la encontraba en los tejidos residenciales (i.e. en el barrio), en los que todavía "se percibe, cuando aún subsiste, un nivel real, quizás el único, de organización social consciente, activa, de la comunidad urbana en tanto

26 Ladizesky (1979), p. 70.

urbana²⁷. Ciertos tejidos barriales ofrecen entonces la unidad en la cual se verificarían las "condiciones globales del uso, aprehensión, apropiación consciente y transformación del espacio social, en el contexto de una comunidad socialmente activa", más allá de los cuales la escala territorial que le sigue escaparía a la conciencia actual de los habitantes²⁸. Como afirmamos, la preocupación en torno al "espacio vivido" frente al espacio abstracto en el cual operaría la ortodoxia urbanística se conecta aquí con las preocupaciones centrales de la proyectación arquitectónica, que de este modo debe considerar "la continuidad espacio-cultural, la herencia y la tradición"²⁹ de los lugares en los cuales planea edificar su objeto. Así, por un lado, existe en Winograd una consideración sociológica sobre la relación real entre los habitantes y los espacios, que, como veremos en el próximo apartado, termina en la necesidad de "operacionalizar la presencia de la población concreta"³⁰, de sistematizar la participación de la comunidad involucrada, y en la exigencia de pasar de un concepto de arquitectura-objeto (atada a la cotidianeidad individual) a un concepto más territorial como "tentativa de recuperación de la unidad, de la «integralidad» de la vida cotidiana"³¹, como asunción, en definitiva, de una cotidianeidad social. Por el otro, la atención puesta en ese espacio vivido no puede escapar a las consideraciones sobre el pasado y las identidades que allí fueron fraguándose, tema que Winograd desarrolla in extenso en sus reflexiones sobre el patrimonio y la renovación urbana.

De esta forma, su interés en el tema patrimonial se vincula directamente con los efectos del pasado en la conciencia espacial y no con un mero afán preservacionista monumental. De hecho, Winograd afirma que muchas de las obras que se

27 Winograd (1982a), p. 56, subrayado nuestro.

28 Resulta interesante señalar que Winograd definía esa unidad como el sitio en el que se localizaba el "modo de vida" de los habitantes y "no de producción, o políticos, o de otra naturaleza", para terminar abriendo un dilema: "la inclusión o no de la referencia a actividades laborales en el concepto de barrio sería un tema significativo." Winograd (1982a), p. 56.

29 Winograd, M. (1983), "Reciclaje, ciudad y sociedad. Otra vez sobre el área del Abasto", en *Dos Puntos*, mayo, N° 9, p. 47.

30 Winograd, (1983), p. 45.

31 Winograd (1988), p. 107.

deciden preservar "no siempre constituyen obras de arte, (...) pero sí son protagonistas socialmente vivenciados de la cultura social urbana", llegando a definir que a menudo, en las condiciones de "no monumento" de origen, un "espacio patrimonio" está constituido como una entidad única e inescindible que se da en el cruce de las "relaciones entre el espacio urbano, las actividades que en él se desarrollan y los grupos humanos que desarrollan esas actividades". Así, la preocupación por (y la definición de) estos "espacios patrimoniales" que no coinciden necesariamente con obras arquitectónicas de gran calidad estilística³², reflejaría un momento de crecimiento de la conciencia social respecto de la pertenencia en el marco de la ciudad. Efectivamente, el problema del patrimonio no lo interpela en tanto conservación de "obras puras" de la arquitectura, sino, una vez más, como resultado de la problemática de la comunidad, en tanto abre, como él mismo afirma, la cuestión de la "identidad cultural, de pertenencia, de continuidad social" como algo "que en la historia del movimiento moderno era bastante tangencial, implícita o explícitamente"³³. Por eso, Winograd decide señalar aquellas obras que parecen no ser importantes para la "gran historia" pero que constituyen de un modo u otro significación social, significación espacial y hasta arquitectónica "en esa misteriosa, mágica y hasta ahora inasible por nosotros relación entre las comunidades y el espacio". Pero, como podrá suponerse, tal definición de patrimonio no combina bien con cualquier definición de arquitectura. La originalidad del pensamiento de Winograd se halla, en parte, en la reformulación permanente del objeto y el sujeto de la arquitectura a partir de los diversos ámbitos temáticos que iba explorando. Así, el interés por el patrimonio tensaba también la opción por una arquitectura particular, que asumiera:

1) las condicionantes histórico-geográficas de país a región concretos, con sociedad

32 "Vista de ese modo, la cuestión del patrimonio desborda los marcos de un juicio más o menos estilístico, para adentrarse en una problemática más total e integrada. Incluye 'calidad artística' conjuntamente con factores psico-sociales menos objetivos". Fernández, R.; Liernur, F.; Suárez, O.; Livingston, R.; Winograd, M. (1983), "Cinco preguntas sobre la Zona U 24", en *Nuestra Arquitectura*, junio, N° 518, p. 50.

33 Winograd, M.; Liernur, F.; Clacheo, N.; Solsona, J. (1982b), "La arquitectura argentina de la última década", en *Revista de Arquitectura*, marzo-abril y mayo-junio, N° 120 y 121, p. 39.

concreta en un momento particular como rasgos básicos para particularidades temáticas, tecnológicas y figurativas de lo arquitectónico; 2) la validez del proceso de la historia, la aprehensión y fruición como modo de llegar a la conciencia de 'espacio vivido', y la conciencia del espacio vivido como parte integrante de la cultura espacial; 3) la validez del uso, cualesquiera sean los modos particulares del mismo, como elemento protagónico en la calificación del 'patrimonio', más allá de las calificaciones de los 'especialistas'. (Fernández, 1983, p. 48).

Nuevamente, la pregunta por el patrimonio no estaba atada a una mera cuestión de moda o a un interés conservacionista de museo, sino que se insertaba en la problematización general de la cultura espacial y su necesidad de incorporar el elemento de continuidad temporal (histórico) como parte central del "espacio vivido".

Por otro lado, el patrimonio también desplegaba una preocupación central en el pensamiento de Winograd: ¿cómo y quién valida la significación arquitectónica? Y aquí, tal como puede leerse en la cita anterior, la validez otorgada por el uso parece ganarle a las calificaciones de "los especialistas". Esta variación parece tener dos corolarios: por un lado, parece arrinconar la función del arquitecto, en tanto la significación social de los lugares entra en escena y entonces también los habitantes concretos que la construyen a lo largo del tiempo; por otro lado, parece suponer un ensanche mayor del campo tradicional de las tareas del arquitecto, pues éste ya no debe hacerse cargo sólo de obras o proyectos de alta valía estética sino de espacios que son cualificados también por su valor social y cultural dentro del entramado urbano. Así, para Winograd, la ciudad existente debe protegerse "no porque sea bella o histórica", sino porque "representa la continuidad cultura-ambiente de una sociedad" y porque "se puede estabilizar una relación entre población y medio, referida a una estructura física históricamente incorporada a la esencia de la organización espacial"³⁴. Como afirmamos, todo esto tenía en sus reflexiones implicaciones muy concretas, entre las que se encontraba la de tener que destinarse "una parte importante de los fondos destinados al desarrollo urbano y a la construcción pública (...) a la rehabilitación y equipamiento de los ámbitos urbanos preexistentes", lo que

34 Winograd (1982a), p. 53.

suponía una posición, dentro del campo de la arquitectura profesional, de alta significación política.

No debe olvidarse tampoco el compromiso concreto de Marcos Winograd en el proyecto de reciclaje de la zona del Mercado de Abasto, muchos años antes de que ganara la idea de convertirlo en el centro comercial que es hoy. En el resumen del proyecto que apareció en la revista *Dos Puntos* en mayo de 1983³⁵, se afirma con firmeza la necesidad de reflexionar sobre la presencia (y la actuación) en la renovación de la comunidad involucrada, para indagar con mayor profundidad sobre el concepto de renovación urbana, en aquel momento tan en boga pero que era tomado por Winograd con reparos al considerarlo muchas veces un disparador de la segregación espacial³⁶. Resulta interesante que allí, en la tensión por mantener la identidad cultural del lugar, aparezca la exigencia de "operacionalizar la presencia de la población concreta" como forma de hacerles un lugar formal en el proyecto y dejar de verlos como testigos externos y pasivos. La búsqueda de Winograd alrededor de pensar el proyecto urbano como proceso abierto a una variedad de actores extradisciplinarios (pero que no llegan a borrar por eso la especificidad arquitectónica) y a una temporalidad distinta del proyecto, encuentra en el Abasto un terreno de experimentación concreta.

Como señalamos, en el marco de la temática patrimonial y de la renovación urbana, la voz de Winograd se alza tempranamente contra los peligros de la gentrificación, citando en numerosos artículos³⁷ el ejemplo de lo realizado en el área central de la ciudad de Bolonia³⁸ como contraparte de lo sucedido, por ejemplo, con el Covent Gar-

35 Ver nota 32.

36 "La salvaguardia de los centros históricos es una ruptura con cierta tradición del urbanismo «funcional». Una de las bases de esta ruptura está dada por una sucesiva serie de reacciones de la comunidad urbana contra decisiones del poder administrativo que, basadas en el «progreso», modifica socialmente el interior de la ciudad, favoreciendo a sectores de mayores recursos en detrimento de los sectores populares". Winograd (1982a), p. 53.

37 Por ejemplo: Fernández (1983), pp. 41-52; también: Winograd (1988), pp. 131 y 132.

38 Es preciso recordar, por otra parte, el vínculo directo de Winograd con Campos Venuti, urbanista italiano que estuvo a cargo de la renovación bolognesa.

den en Londres o en el Marais en París³⁹. Interrogado en 1983 sobre los proyectos en la Zona U 24, afirmaba:

"La política de la administración municipal de los últimos años ha mostrado con claridad una vocación de intervención en cuanto al mejoramiento 'figurativo' de la ciudad, y un desentendimiento en cuanto al significado social de esas operaciones. El resultado es un cambio significativo en la estructura social de los habitantes de la ciudad. Ese cambio, la exclusión de los sectores populares de los centros calificados de la vida urbana, es la expresión, y la generación, de una ciudad socialmente enferma. En ese sentido, me parece que esa contradicción irresuelta entre la intención cultural, válida, elaborada por los generadores de la ordenanza, y el resultado social, patológico, generado por la libertad del mercado, pone en peligro el destino mismo de la preservación del patrimonio como actitud avanzada" (Fernández, 1983, pp. 50 y 51).

4. De la arquitectura-objeto a la arquitectura-ciudad y la transformación del rol del arquitecto

Este último apartado nos servirá para recoger muchas de las reflexiones de Winograd vistas hasta aquí, con el objetivo de mostrar en qué medida todas ellas ponen en discusión una transformación tanto del objeto arquitectura como de los sujetos que la realizan y los sujetos que se la apropian y la viven. Y es que en todos los textos de Winograd se hace visible esta necesidad de desmarcarse del rol tradicional del arquitecto para ensanchar, junto con su objeto, su campo de acción. Y es precisamente aquí donde aparece uno de las nociones más productivas en las que trabajó durante toda su vida. Nos referimos al concepto de "arquitectura-ciudad". Como pudo verse, la inclinación de Winograd a concebir el espacio como realmente vivido lo lleva a señalar las limitaciones de aquel pensamiento proyectual que se queda en el edificio aislado sin insertarlo en la unidad de la ciudad. Con esto, no sólo hace lugar a una fuerte implicación del entorno o el contexto a la hora de planificar, sino que se niega a seguir alimentando una concepción del arquitecto como

agente demiúrgico que obra en el vacío urbano o como un artista que en su soledad modela su pieza. Dicho rechazo hacia lo que él consideraba un modelo de arquitecto "renacentista", "absolutista", se vincula a que este tipo de profesional es el que realiza en su mayoría lo que él considerará una "arquitectura-objeto", es decir, el que piensa la obra con total independencia del tejido en el que se inserta y de los usos sociales que tendrá. Esta apertura del arquitecto hacia la ciudad, hacia sus ritmos, hacia sus usos, hacia las exigencias de escala que suponía un mejor entendimiento de la vida del usuario real del entorno construido, no suponía para Winograd la desaparición de la especificidad disciplinar, es decir, de su vínculo con las formas materiales, pero sí un modo más integral de valorar el objeto.

Nuestra actitud corresponde a una visión de la arquitectura en y hacia la ciudad, es decir, del objeto chico ir elevándose cada vez más hasta encontrar la visión del objeto grande, la ciudad, pero manteniendo los rasgos formales propios del concepto de arquitectura, es decir, las formas tangibles (Winograd, 1988).

No se trataba entonces de abandonar la reflexión sobre "el edificio", pero sí de recuperar "la ciudad" a la hora de pensarlo. Como se dijo más arriba, de pensar la "permanente secuencia de exigencias que define el espacio vivido". Así, es interesante notar cómo la apertura de Winograd hacia una nueva conceptualización del espacio urbano, marcado por una nueva preocupación por el usuario y por los aspectos sociales y políticos del mismo, lo lleva a modificar el modo en que el mismo proyecto arquitectónico es pensado. La arquitectura ya no puede ser considerada como una obra con final cerrado, sino como un proceso abierto en el que su relación inescindible con el contexto el mismo profesional no puede olvidar. De allí su valoración permanente de aquellas obras que sí habían logrado "hacer ciudad", de conformar una red de relaciones entre las obras y también con el entorno que incentive la densidad y la circulación urbana. Dicha valoración iba de la mano de su rechazo a la "mentalidad del yo" que veía todavía instalada en la mente de los arquitectos de su época, preocupados por tener "el edificio más alto de la cuadra".

"Yo descreo de esa mentalidad todavía renacentista, esa mentalidad del 'yo' (...). Nadie sabe el nombre y apellido de todos y cada uno de los arquitectos que hicieron

39 Fernández (1983), p. 49.

el Londres victoriano, nadie sabe el nombre y el apellido de todos los arquitectos que hicieron el Quito colonial, y nosotros seguimos todavía empeñados en poner nuestro nombre y apellido en cada pedazo de cualquier cosa que hagamos. (...) Lo que es realmente el común denominador de esas ciudades es la relación de las obras entre sí, la calidad de sus imbricaciones para conformar ciudad" (Winograd, 1982b, p. 51, subrayado nuestro).

En este ánimo entraba la resistencia a seguir sin crítica la idea de un movimiento moderno que heroicamente había logrado darle forma al mundo y que se confundía con el despliegue de las fuerzas sociales, hasta casi plantearse como el correlato material del progreso de la conciencia humana. Lo que debía revisarse entonces era la misma idea de proyecto, la misma idea de arquitectura como "obra" autónoma, la noción de que el arquitecto hace el proyecto porque el cliente lo llama y "luego se desentiende de si efectivamente se construye y cómo, pues eso no es cosa de él", y "si se construye le saco las fotografías antes de que lo ocupe, porque apenas se ocupe me lo arruina"⁴⁰.

"Tradicionalmente, la arquitectura es el proyecto y el arquitecto es el proyectista. Porque el proyecto era considerado como el nivel máximo de la 'autonomía de lo disciplinar'; más allá del proyecto ya no era su tarea, decidir sobre las posibilidades de su ejecución, decidir sobre ella, verificar su uso. A mí me parece que ése es un concepto equivocado. El proyecto en última instancia es el nivel superior de un proceso teórico, de un proceso de elaboración que naturalmente significa una práctica, pero el proyecto es una proposición que involucra ciertas propuestas, propuestas que no pueden ser verificadas sino en una práctica. ¿Y cuál es la práctica de un proyecto? Fundamentalmente su materialización, su uso, ver de qué modo este proyecto realmente asumió y resolvió y recreó y reformuló las necesidades que lo generaron. Me parece a mí, entonces, que es bastante importante incluir en la noción de arquitecto, y por ende en la de arquitectura, toda la secuencia, todo lo que hace posible que un proyecto sea realizado, desde la tecnología hasta la generación misma de la necesidad; todas las necesidades, desde las económicas hasta las sociales que puedan calificar su construcción" (Winograd, 1982b: 39).

Aparece aquí nuevamente la impugnación de pensar la disciplina como alejada de las preocupaciones reales de los usuarios y del desdén disciplinar por la compleja vida posterior de las obras, en definitiva, por su uso, en el que la arquitectura muestra verdaderamente su apertura hacia la vida social (o, por el contrario, sus dificultades para vincularse con ella). Precisamente, es la noción de "hábitat" –que Winograd analiza junto a Ladizesky en el artículo de 1979 que más arriba citamos, y en el que buscan dar con una definición más acabada de tal concepto– la que le permite destacar el carácter "procesual" de los problemas urbanos, en contraposición con las actitudes finalistas o "absolutas" de algunos arquitectos. Cómo no incorporar el interés por el uso si el hábitat se le presentaba ahora como una trama dinámica entre "el espacio: natural y modificado, construido o simplemente 'intermedio', en todas sus escalas cuantitativas; los hombres: aislados, en familia o en colectividad; las actividades materiales que estos hombres y familias realizan en el conjunto del desarrollo de su vida; así como la interacción entre esas actividades y la impronta cultural que esas acciones conllevan para transformarse en conciencia social"⁴¹. Esta complejidad de los acontecimientos urbanos, en los que ninguno de los elementos nombrados tenía preeminencia sobre los otros, esta comprobación de la inestabilidad, podríamos decir, en la que un proyecto se inserta, esta maleabilidad permanente del espacio material, hacen que Winograd desconfíe del concepto de "obra terminada" y que sea revalorizado todo aquello que está incluido en la noción de proceso:

"flexibilidad, crecimiento, control, variación, transformación, costo social". De este modo, como es de esperar, el énfasis puesto en la noción de hábitat como un concepto que no podía ser considerado sólo espacial o natural sino sobre todo social y, entonces, de múltiples aristas, modifica el aparentemente manso objeto de las disciplinas del espacio, lideradas, por supuesto, por la arquitectura. Este complejo concepto refuta así el éxito de "toda forma de mesianismo incluida en los proverbiales protagonismos, disciplinas parciales o sectoriales que pretenden asumir el todo desde una especialidad", para transformar a la arquitectura "en mediación entre exigencias y aspiraciones sociales frente a

40 Winograd (1982b).

41 Ladizesky (1979).

decisiones adoptables en relación con el hábitat". Este llamado a la asunción de la interdisciplina por parte de Winograd demuestra que, lejos de ser una exigencia vacía, es resultado directo de una transformación de su objeto de acción, de su extensión. Por otro lado, lo que en el fondo parece discutirse es el problema de quién puede ser el representante legítimo de las necesidades del hábitat, quién puede arrogarse ser su lector único, una vez que ha quedado manifiesto su carácter polimorfo. Si el objetivo es ver de qué modo la definición de arquitectura y el rol del arquitecto se encuentran en Winograd en perpetua tensión y transformación por la admisión cada vez más profunda de un concepto más enriquecido de espacio, es imposible dejar de reparar en la centralidad de la noción de necesidad como motor permanente de la tarea profesional y como objetivo central del construir y del proyectar forma. Así, si el arquitecto no es un demiurgo que sólo atiende la demanda de un cliente particular, sí es un mediador, pues el objetivo de la arquitectura radica en la posibilidad de "proponer acciones concretas frente a las necesidades emergentes y crecientes". Y allí radica para Winograd la politicidad del asunto⁴², porque la definición de objetivos arquitectónicos implica la "interpretación de contenidos sociales", es decir, la detección, la enunciación de una necesidad, y luego "la adopción de una estrategia y de un mecanismo de prioridades (definición de una política)", todo lo cual constituye "un contexto inexcusable para una acción concreta. Y tal contexto –según Winograd– conlleva a la necesidad de una conciencia social activa, de democracia política"⁴³. A la vez, Winograd se cuida de no formalizar la definición o descontextualizarla: "El concepto de arquitectura es un concepto histórica y geográficamente relativo; la palabra arquitectura está en función de la «necesidad de quiénes y para quiénes», es un concepto variable, no es homogeneizable en cada país y en cada contexto". En una entrevista realizada en

42 "[Si] acordamos esta especie de vasto abanico que yo trataba de enunciar como principio y como fin de la práctica arquitectónica, es decir, desde la detección de la necesidad hasta la demolición, no hay ninguna duda de que en un vasto campo de toda esa problemática hay ideología; hay ideología, en consecuencia hay política. ¿Por qué? Porque hay interpretación de la realidad para definir los contenidos, para definir los temas, para definir los programas..." Winograd (1982b), p. 49.

43 Ladizesky (1979).

1982 en la que da su opinión sobre la arquitectura de los diez años previos, Winograd resulta contundente al precisar aun más ese ámbito de necesidades:

"Toda actividad humana tiene como objetivo resolver necesidades. La de la arquitectura es la de resolver las necesidades en materia de organización del espacio. (...) ¿Necesidades de quiénes? Ésta fue un poco la envolvente sustancial de toda nuestra formación, necesidades de la sociedad en su conjunto, necesidades de toda la comunidad y, más particularmente, de los que, salvo algunos ejemplos muy aislados, no habían tenido vigencia en la reclamación cultural y material de la arquitectura" (Winograd, 1982b, subrayado nuestro).

Así, la función del arquitecto era señalada como política desde el momento en que se le hacía necesario elegir cuáles eran esas necesidades sociales a las que daría forma, y a cuáles usuarios haría lugar en su proyecto. En ese marco Winograd opta, sin dudas, por vincular esa necesidad no solo a los grupos más postergados sino a la construcción de vivienda, como tema central de toda arquitectura actual⁴⁴. Es que

44 Este hincapié en la vivienda no debe hacer pensar que Winograd se circunscribía al tema del "techo individual", olvidando todo lo ganado en términos de ampliación del objeto arquitectónico hacia la ciudad. Por el contrario, desde muy temprano, y manifiesto en su posición en una mesa redonda sobre vivienda de interés social organizada por la Sociedad Central de Arquitectos en agosto de 1969, aparece su interés por incorporar el habitar en el ritmo ampliado de la ciudad. La memoria de aquellas jornadas es elocuente: "Vivienda es igual a ciudad, es igual a veinticuatro horas de vida cotidiana", manifestó el arquitecto Marcos Winograd, quien, en la búsqueda de la vivienda totalmente relacionada con todos los momentos de la vida del hombre, dejó de lado el problema de la vivienda-techo, para encararlo como problema de vivienda-ciudad." Aslan, J.; Poyard, E.; Coire, C.; García Vázquez, F.; Winograd, M.; Vázquez Llona, M. (1969), "Mesa Redonda sobre el tema Vivienda de Interés Social", en SCA, noviembre, Nº 65, p. 31, subrayado nuestro. Por otro lado, al considerar la vivienda como la arquitectura actualmente "necesaria" Winograd abre, en un encuentro realizado para la Revista de Arquitectura en 1982, una polémica con Liernur, otro de los asistentes, en torno al tema arquitectura/construcción. En ella, Liernur, emparentado con posiciones que continúan las reflexiones de Loos y luego de Aldo Rossi, considera que el nombre de arquitectura debe ante todo dejarse para referir a los "monumentos", muy distintos de la masa edificada general, que sería mera construcción. Winograd matiza, por el contrario, esa diferencia y recupera la ciudad construida por fuera de los grandes nombres propios como entorno a tener en cuenta por la reflexión arquitectónica. "[N]o creo que la arquitectura quede reservada para los monumentos y que el resto se llame de otro modo"; "una de las mejores aportaciones de Rossi para mí es esa de que la arquitectura hace la ciudad. Y como siempre creí que la arquitectura la hacen los arquitectos, creo que los arquitectos

precisamente en la vivienda, y sobre todo en la vivienda dirigida hacia esos mismos grupos sociales, i.e., los planes masivos, los conjuntos habitacionales, se planteaban con profundidad dos cuestiones que atravesaron todas sus reflexiones: el carácter fallido de estos proyectos para "hacer ciudad" (aun de aquellos que –según Winograd– eran "incluibles en alguno de los temas en debate en la llamada cultura arquitectónica")⁴⁵; y el repudio liso y llano a "esas formas impuestas del uso del espacio" por parte de las poblaciones involucradas como componente central del fracaso de esas realizaciones⁴⁶. De este modo, en la cuestión de la vivienda parece condensarse, por un lado, su crítica a la "vieja mentalidad iluminista de los profesionales", quienes, divorciados de los miembros de la comunidad, creyeron que este rechazo por parte de los usuarios era una mera "resistencia al cambio", y, por el otro, la imperiosa necesidad de que la disciplina arquitectónica considere seriamente la noción de conciencia espacial en sus preocupaciones proyectuales y profesionales.

En definitiva, que hagan suya una idea compleja de espacio vivido, abierto al juego permanente de la significación social.

Ni la teoría en general, y menos aun su puesta en práctica político-administrativa, han tenido en cuenta la significación conceptual, así como metodológica y práctica, de la conciencia social, o sea, el significado

hacen la ciudad, los arquitectos precisamente que la construyen, que hacen, supongo que está dicho con una cierta peyoratividad, construcciones; construcción hicieron todos los que hicieron ciudad, porque al lado de Santa María del Fiore hay un entorno urbano de una gigantesca banalidad, pero ese entorno urbano sirve para que Santa María del Fiore exista...". Winograd (1982b). Lejos de las abstracciones, Winograd vuelve así a sus preocupaciones por el patrimonio como lugar significativo del entorno cultural de una comunidad, del cual el arquitecto debe hacerse cargo, más allá del "problema del monumento o del puro análisis semántico o semiótico, o como sea, de la forma arquitectónica".

45 Fernández (1983), p. 42. "La mayor parte de ellos [de los conjuntos habitacionales] son negadores del concepto mismo de ciudad, del concepto mismo de continuidad espacio-cultural, y por ende resultan sencillamente fallidos." Y también: "Arquitectura necesaria sería la arquitectura de las viviendas; muy poco se hizo, y de lo poco que se hizo, la mayor parte consistió en conjuntos urbanos en general periféricos a la ciudad, en áreas extensas, casi siempre por la misma razón desprovista de infraestructura (...) que no colaboraron a hacer ciudad, más vale le fueron antagónicos a la noción de hacer ciudad" Winograd (1982b), subrayado nuestro.

46 Winograd (1982a), p. 50.

de la recepción positiva de las experiencias de organización del espacio, particularmente del espacio urbano, por parte de las comunidades involucradas y el papel de las poblaciones en aquéllas (Winograd, 1982a, p.50).

"[N]o se toma en cuenta la significación de la apropiación social del espacio, y la acción transformadora, por ende proyectual, que el uso social pueda engendrar sobre las formulaciones y proposiciones elaboradas en el plano de la teoría. No se toma en cuenta, en definitiva, la significación del espacio organizado como consecuencia y causa simultáneas de un nivel particular de la cultura social" (Winograd, 1982a, p. 51).

En Winograd, el proyecto arquitectónico se inunda de tensiones, pues no solo se pone en duda su significado de "forma final" – tanto en lo que hace a la "forma" como en lo que hace a su carácter "final"–, ni solo se abre a la ciudad como trama ineludible de todo evento urbano, sino que es preciso que la experiencia de uso y las transformaciones en la conciencia espacial se conviertan en parte integrante del mismo, haciendo de él un proceso de mutabilidad permanente. En palabras del mismo Winograd:

"El proyecto adquiere un carácter sincrético entre las actividades sociales y el espacio en el cual se desarrollan. Sin que ninguno de los componentes pierda su nivel específico (disciplinario), pero imposible de ser comprendidos sino en la interacción y en el contexto de la práctica social global"⁴⁷.

Como afirmamos repetidas veces, esta redefinición afecta también las tareas del arquitecto, quien no solo se enfrenta a la "elaboración o prospección de necesidades", sino a la de "crear conciencia acerca de ellas, así como de registrar la realidad del estado de conciencia"⁴⁸. De esta forma, para Winograd el profesional sale del aislamiento típico del que se sabe solo proyectista para asumir una secuencia de actividades que incluyen la atención permanente hacia la conciencia espacial dada históricamente a la hora de construir y asimismo la exigencia de expandir esa misma conciencia con su misma acción. Del mismo modo que las cuestiones patrimoniales y de renovación ampliaban el rol del arquitecto hacia funciones no siempre

47 Ibid, p. 51.

48 Ibid, p. 52.

“vistas” pero necesarias, existe en Winograd la idea de que la tarea política de la disciplina está no tanto en seguir una u otra “ideología formal” sino en su involucramiento en las tareas que parecen rodear al proyecto concreto pero que ahora, al tenderse hacia un concepto enriquecido de espacio social, están insertas en el corazón del mismo. Es en ese sentido que Winograd puede afirmar que las tareas de gestión política de un programa de viviendas no le debían ser ajenas al arquitecto, toda vez que el destino del edificio no terminaba (ni tampoco empezaba) en el pasaje inmediato del plano al material. De esta forma, el pensamiento de Marcos Winograd enfrenta a la arquitectura a no abandonar su especificidad pero sí a la exigencia de afrontar la “forma integral” al participar en la problemática política de su tiempo, “siendo la actividad política el más alto de los niveles del equipo interdisciplinario y uno de los instrumentos fundamentales”⁴⁹ para que un programa de organización del espacio pueda materializar las necesidades señaladas –también con su compromiso– como más urgentes.

5. Bibliografía

- Aslan, J., Poyard, E., Coire, C., García Vázquez, F., Winograd, M. y Vázquez Llona, M. (1969). “Mesa Redonda sobre el tema Vivienda de Interés Social”, SCA, nro. 65, 27-32.
- Ballent, A., Daguerre, M. y Silvestri, G. (1993). *Cultura y proyecto urbano. La ciudad moderna*. Buenos Aires: CEAL.
- Barbagallo, J. (2002). *Ciudad y arquitectura, apuntes para la cultura urbana y el quehacer disciplinario*. Buenos Aires: Kliczkowski.
- Fernández, R., Liernur, F., Suárez, O., Livingston, R. y Winograd, M. (1983). “Cinco preguntas sobre la Zona U 24”, *Nuestra Arquitectura*, junio, nro. 518, 41-52.
- Frampton, K. (1987). *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Jelin, E. (comp.) (1985). *Los nuevos movimientos sociales*, Tomos I y II. Buenos Aires: CEAL.
- Ladizesky, J.; Winograd, M. (1979). “Una tesis sobre la noción de hábitat”, *Summa*, nro. 140, 69-72.
- Lefebvre, H. (1976). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza.
- Lefebvre, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Liernur, F. y Aliata, F. (eds.) (2004). *Diccionario de Arquitectura en la Argentina*. Buenos Aires: Clarín.

- Sáinz Gutiérrez, V. (2006). *El proyecto urbano en España. Génesis y desarrollo de un urbanismo de los arquitectos*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Winograd, M. (1982a), “Los ámbitos de la cotidianeidad. El barrio: las actividades del tiempo libre”, en AA.VV., *Medio ambiente y urbanización*. Buenos Aires: Clacso.
- ; Liernur, F.; Clacheo, N.; Solsona, J. (1982b), “La arquitectura argentina de la última década”, *Revista de Arquitectura*, nro. 120 y 121, 38-40 y 45-51.
- (1983), “Reciclaje, ciudad y sociedad. Otra vez sobre el área del Abasto”, *Dos Puntos*, mayo, nro. 9, 45-48.
- (1984), “La formación de los arquitectos”, *SCA*, nro. 130, 64-65.
- (1988), *Intercambios*. Buenos Aires: Espacio Editora.

49 Aslan, J. (1969), p. 31.